

Lo extraordinario y lo normal en las teorías sociológicas: consideraciones sobre la relación entre sociología y guerra

*Pablo Augusto Bonavena*¹

Este breve artículo busca la polémica, pero procurando no caer en la manipulación antojadiza. Es menester, entonces, aclarar desde el principio que en el repaso a presentar recurro a la simplificación de varias construcciones teóricas. Las explicaciones sobre la evolución de las sociedades militares a las sociedades modernas, por ejemplo, no fueron elaboradas de una manera tan lineal como aquí veremos. En efecto, de puño y letra de sus autores los desarrollos teóricos contienen una superior complejidad y caudal, pero entiendo que a los efectos de instalar una querrela teórica el ejercicio propuesto es aceptable: la acotada auscultación de sus trabajos efectuada y ordenada sobre un único eje de lectura.

Para entrar en tema comenzaré exhibiendo un dato que dentro de nuestro mundo sociológico suele causar alguna sorpresa. Este escrito, justamente, se sitúa en el debate acerca de las causas de esa extrañeza, que podría convertirse rápidamente en incomodidad al no encontrar una respuesta rigurosa inmediata si uno se pregunta cuantas guerras hay en este mismo momento en el mundo. Peter Waldmann y Fernando Reinares señalan que desde el fin de la Segunda Guerra Mundial (1945) y hasta el año 1997 se produjeron 195 guerras; solo durante el mes de setiembre de 1945 no se contabilizó un conflicto bélico—incluyendo los distintos tipos—en todo el mundo (Waldmann y Reinares, 1999: 12 y 11). Este recuento es una de las tantas referencias que se podrían esgrimir para demostrar el peso que tiene lo bélico en la sociedad

¹ Profesor del Departamento de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. Profesor de la carrera de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales de la UBA e Investigador del Instituto Gino Germani.



y su historia². Asimismo, debería ser el tipo de información que un sociólogo tiene en su cabeza al momento de asumir cualquier análisis, así como la cantidad de conflictos bélicos que tienen lugar en su presente. Cuestiones como el impacto demográfico de la guerra o sus efectos políticos, pensemos en la relación entre guerra y revolución, nos deberían presionar para estar al día con estas noticias y conocimiento. Sin embargo, al menos de manera generalizada, no es así.

En efecto, la guerra es una actividad humana extendida y regular; incluso podríamos definirla como sistemática, ya que ningún grupo social ha quedado exento de ella en la historia. Tal como señala Norbert Elias “*las guerras constituyen una sólida tradición de la humanidad. Están enraizadas en sus instituciones y actitudes sociales, en la esencia de los seres humanos, incluso los más pacíficos*” (Elias, 2002: 11). Esta influencia, reiterabilidad y permanencia, sin embargo, parece no ser considerada por varios de los distintos enfoques desarrollados en la teoría sociológica. De allí los desconciertos que señalara al principio.

A la actividad guerrera la humanidad le dedicó y ofrece sus mayores esfuerzos económicos y numerosas porciones de población; produce, además, gran parte de la tecnología con la que nos beneficiamos cotidianamente (el servicio de internet o el desarrollo de la tecnología satelital son algunos de los tantos ejemplos). Se trata, sin dudas, de un gran catalizador de las fuerzas productivas, que funda relaciones sociales y hasta órdenes sociales, a los que por otra parte, también expresa ya que como descubriera Carl von Clausewitz a distintos tipos de organizaciones sociales le corresponden diferentes formas de practicar la guerra (Bonavena y Nievas, 2004: 1).

Más allá del peso de estas observaciones, la sociología académica³, sin embargo, parecería no reflejar en sus teorías el lugar que este fenómeno adquiere en la realidad. Su prisma ciñe la mirada hacia la “paz” como la forma preponderante que, “por suerte”, impera en las relaciones sociales, tal vez sospechando que la

² Se ensayaron varios cálculos sobre el tiempo que el hombre le dedicó a la guerra en su historia; uno de ellos establece que sólo hubo en total 250 años de paz (Muchnik y Garvie; 2006: 45).

³ Esta noción refiere a la sociología que se institucionalizó en Europa a finales del siglo XIX y los Estados Unidos de Norteamérica a partir de la década del '20, que como conocimiento académico legitimado resiste el reconocimiento del carácter científico del marxismo. En gran parte estuvo representada en la posguerra por el funcionalismo y Talcott Parsons, y encuentra un fuerte antecedente en la opinión de Durkheim cuando sentencia que el marxismo no era, siquiera, una “*sociología en miniatura*”, sino un grito de cólera o dolor por las injusticias del mundo (Durkheim, 1972: 45).

guerra es una actividad extraordinaria, de aparición tan indeseable como esporádica, tan horrible como anormal. La persistencia del sintagma “guerra y sociedad” pareciera que expresa la tendencia a colocar a la guerra por fuera o separadamente de la sociedad (Nievas; 2009), veremos que auxiliada por el contractualismo. Sin embargo, si ponemos a la guerra dentro de campo de reconocimiento empírico de la sociología, superando su visión limitada de la escena social, tal vez se nos ocurriría reflexionar que lo esporádico y lo anormal es que no se lleve a cabo, con la solitaria excepción de aquel septiembre. Aceptando el ejercicio de “pensar al revés”, podríamos interpelarnos planteándonos dos interrogantes: 1) ¿Por qué para la sociología—hablando de la guerra—lo normal, en el sentido de lo que más se repite, se vuelve un objeto de investigación casi inexistente o extraordinario? 2) ¿Por qué lo que menos se reitera, la convivencia pacífica, se transforma en lo normal, cuando es algo esporádico? En efecto, parecería que se puede diagnosticar la persistencia de un apego a la inversión ideológica en el campo teórico sociológico de lo que sucede en el mundo real.

Generar respuestas para estos interrogantes nos obliga a buscar algunos de los supuestos que subyacen en las formulaciones teóricas que expliquen, insisto, una aparente paradoja: la actividad social de mayor impacto en la humanidad es ajena, en alto grado, a la sociología. Por eso no causa estupor ver, por ejemplo, las aprietos de Parsons “*para insertar el papel histórico de las guerras—incluidas las contemporáneas—en el marco general de su evolucionista teoría de la diferenciación*” (Joas, 2005: 181).

Jorge Verstrynge y María Vidaurreta efectuaron una ardua e interesante revisión bibliográfica publicada como un extenso listado en un artículo titulado *Bibliografía sistemática sobre la sociología de la guerra*, organizando la exposición de su relevamiento en nueve ítems: 1) Polemología y estudios de sociología de la guerra; 2) Historia de la guerra; 3) Causas de la guerra; 4) Efectos de la guerra.; 5) Guerra y condición femenina; 6. Guerra y totalitarismo; 7) Táctica y estrategia aplicadas; 8) Doctrinarios de la guerra y 9) Varios (Verstrynge Rojas y Vidaurreta Campillo, 1978). El análisis detallado de este ordenamiento de potenciales fuentes para hacer una sociología de la guerra no cuestiona el diagnóstico que aquí presento sino que, más bien, lo reforzaría. ¿Por qué?

Ciertamente sobre lo que vengo planteando existe una excepción ineludible; la de Gaston Bouthoul y su tratado sobre sociología de la guerra que bautizó “*polemología*” (Bouthoul, 1984), pero su empeño no tuvo mayor

proyección. Claro está que buscando con profundidad se pueden encontrar trabajos sociológicos que sitúan a la guerra dentro del desenvolvimiento de lo social. Pitirim Sorokin, por ejemplo, efectúa un encomiable esfuerzo al constituir como objeto de análisis lo que teoriza como la fluctuación de las relaciones sociales, la guerra y las revoluciones (Sorokin, 1962); también son importantes sus “sociometrías” de la guerra, aunque recibieron una dura crítica de Bouthoul (Bouthoul, 1984: 735). Otro autor para destacar con varias obras es, sin duda, Raymond Aron (Aron, 1959). Es interesante también el aporte de Werner Sombart y su tesis sobre el surgimiento del capitalismo a partir del desarrollo de los ejércitos modernos y sus batallas, tan resistida por Max Weber en su *Historia económica general* (Joas, 2005: 87 y 88).

Desde otra perspectiva, hay sociólogos que se vincularon íntimamente con lo militar como Robert Merton y Paul F. Lazarsfeld, que trabajaron desde *Bureau of Applied Social Research* haciendo investigaciones para el ejército norteamericano, pero sus aportes a partir de este vínculo no tuercen ni vulneran el argumento que expongo aquí.

Para el marxismo la relación con la temática de la guerra fue y es mucho más aceptada pero, como señalé, la sociología no mostró predisposición para aceptar a este cuerpo teórico dentro de las teorías sociológicas. Marx simpatizaba con un planteo de Heráclito que decía: “*la paz no es más que una forma, un aspecto de la guerra; la guerra no es más que un aspecto, una forma de la paz*”; rechazaba así la dicotomía guerra/paz por entender que era un discurso de la burguesía para encubrir el combate social cotidiano (Marín, 1981: 13). El fundador del materialismo histórico, además, se interesaba por la historia de los ejércitos pues ponían de manifiesto –afirmaba– el vínculo entre fuerzas productivas y las relaciones sociales; en tal sentido, por ejemplo, recordaba que en los ejércitos se desarrolló por primera vez un sistema completo de salarios, la división de tareas (consideraba que la guerra fue el primer trabajo colectivo) y formas de cooperación en la perspectiva de la composición de fuerzas para incrementarlas (Marx, 1857). Por otra parte, fue Engels quien, con notable agudeza, puso en correspondencia los distintos factores sociales (técnicos, científicos, ideológicos, arquitectónicos, urbanísticos, demográficos, topográficos, económicos) que daban forma y contenido a las guerras (Nievas, 2009). Pierre Naville es uno de los importantes sociólogos contemporáneos que trabajó sobre la guerra desde el marxismo (Naville y Friedman, 1997); Juan Carlos Marín fue pionero en la Argentina (Marín, 1984).

Los inicios de la sociología

En la emergencia de la sociología concurren diferentes corrientes de pensamiento que, seguramente de distintas maneras, dejaron sus marcas. De conjunto conforman la “*infraestructura de presupuestos previos*” que luego se desplegarían en el desarrollo de las teorías sociológicas (Gouldner, 2000: capítulo 2). Desde este paradigma fundante se establecen tanto los elementos de la realidad que podrían ser seleccionados para ser constituidos en objeto de indagación sociológica, como aquellos que quedarían descartados. Define así una matriz teórica que opera en la discriminación de observables.

El conflicto social fue uno de los temas que quedó, en gran parte, fuera de registro de la sociología del mundo académico. Los balances efectuados sobre el desarrollo de la sociología pasada la mitad del siglo xx certificaban rotundamente esta situación (J. Bernard, 1958; Coser, 1961). Las explicaciones sobre la ausencia fueron varias pero no hubo, tampoco a comienzos de este siglo, grandes avances teóricos en procura de solucionar el problema, pese a la sistemática interpelación que arreciaba y persiste desde el marxismo. Sin duda, el hecho de haber localizado la teoría de Marx y Engels fuera de la sociología institucionalizada contribuyó a la profundización de tal deficiencia; pero la omisión tiene otras fuentes.

En gran parte se le reclama (¿reprocha?) a Durkheim la instalación de un obstáculo epistemológico en los albores de la sociología por su “*conservadurismo permanente*”, que relegó el tema del conflicto a favor del orden (Coser, 1970: 154), bajo la convicción de que los hombres operaban en común de manera armoniosa, atributo que no permite visualizar sus enfrentamientos quedando la sociología, por ende, sólo capacitada para constituir como hecho social aquellos que desde aquel supuesto hegemoniza la sociedad: las “*formas de cooperación perfecta*” (Rex, 1985: 75). Esta dificultad, además, se habría reforzado con la inclusión del modelo organicista como recurso explicativo a partir de la analogía entre “cuerpo biológico” y “cuerpo social”, método comparativo que encuentra tempranamente antecedentes en las *Cartas Ginebrinas* (1802) de Saint Simon y, vía Durkheim, en el pensamiento de Albert Schäffle y su asignación de un estatus *metafórico* al organicismo en sintonía con la línea interpretativa que propalaba Augusto Comte (Lukes, 1984: 85).

Resumiendo, el conservadurismo de Durkheim sumado al organicismo, en gran parte también por su responsabilidad, más el rechazo del marxismo,

explicaría la dificultad de la sociología para tratar el conflicto y, por el contrario, la facilidad para concebir al mundo funcionando en armonía y cooperativamente⁴.

Esta conclusión genera, con cierta comodidad, una hipótesis. Argumentar que la misma dificultad que se encuentra dentro de las corrientes académicas de la sociología para abordar el conflicto social, especialmente a partir de Durkheim, se traslada para constituir a la guerra como un objeto de estudio sociológico. Sin embargo, la fundamentación de esta circunstancia es mucho más compleja y merece más detalles. Antes de avanzar sobre el asunto, es productivo hacer algunas rápidas consideraciones sobre los intentos de eludir el obstáculo señalado, para luego tensionarlos con un atributo relacionado a la intensidad de la conflictividad social: la violencia (Dahrendorf, 1971: 199).

Notas sobre la funcionalidad del conflicto y violencia

La sociología generó una visión ordenada y solidaria del mundo social, ángulo que provocó las dificultades señaladas para asumir la conflictividad como una dimensión de análisis. Esta matriz teórica fue calificada como teorías del “orden” o del “consenso” (T. Bernard, 1983), que sintetizaban un camino que va de Durkheim a Parsons (Gouldner, 2000). Por eso, si esbozamos una escala del conflicto y la violencia, donde en el punto más alto ponemos a la guerra entre Estados y, en sentido descendente, luego a la guerra civil, para seguir con la pugna por intereses armada con peligro de muerte para los participantes, y desde allí avanzar a la huelga, seguidamente la competencia, hasta arribar al extremo inferior representado por la discusión y negociación institucionalizada (Dahrendorf, 1971: 198); veremos que la sociología sólo encuentra comodidad en este último nivel, considerando las situaciones conflictivas un poco más agudas como meras tensiones, desvíos o enfermedades que desafían un equilibrio que equivale a la salud del cuerpo social. Como vengo argumentado, el extremo superior queda fuera del alcance del sociólogo.

Las “teorías del conflicto” buscaron ser una alternativa entre este núcleo de teorías del consenso y el marxismo, reclamando algunas funciones positivas

⁴ Es bastante larga la lista de sociólogos que compartirían, con matices, este argumento. Pueden verse varias interpretaciones en esta dirección, y una puesta en cuestión de la misma con la idea de buscar en el objetivismo sociológico de Durkheim un aporte a una teoría del conflicto social, en Bonavena y Zofío, 2008.

para el conflicto en el marco de determinado tipo de estructura social (Coser, 1961)⁵. Los alcances de estos intentos no fueron bien reconocidos y lejos de neutralizar las críticas que recibía la sociología por eclipsar el conflicto, las potenciaron con nuevos cuestionamientos que ponían en duda su coherencia teórica y su calidad analítica. Incluso hay quienes de manera abierta las evalúan como un desarrollo “*transitorio*” y “*fracasado*” en la historia de la teoría sociológica (Ritze, 1995: 81) o las caracterizan simple y sarcásticamente como “*inofensivas*” (Adorno, 1996: 93).

Las impugnaciones a las sociologías del “consenso” tienen otro aspecto ineludible a la hora de evaluar sus alcances. Así como no pueden dar cuenta del conflicto tampoco logran hacerlo respecto de la violencia social. Se la concibe como un mero episodio incidental, maniobra teórica que nos recuerda otra: entender que una estructura social excluye la fuente de su destrucción (Coser, 1970: 76). Para enmendar el déficit, las teorías del conflicto social también procuraron extender su matriz al área del conflicto social violento, transportando toda su base teórica. Coser, por ejemplo, intentará demostrar que los tipos de violencia moralmente desaprobados o que se evalúan como destructivos pueden cumplir, pese a ello, diversas funciones sociales que resulten finalmente positivas (Coser, 1970: 77). Tiene en cuenta tres funciones. La violencia como área de realización o logro donde aparece cumpliendo funciones específicas para sus practicantes; la violencia como señal de peligro donde toda la comunidad obtiene ventajas de la acción violenta y, por último, la violencia como catalizador que supone su localización en términos de impacto funcional sobre públicos y audiencias de no protagonistas (Coser, 1970: 74).

Esta empresa sumó reproches tanto por “derecha” como por “izquierda”, sin lograr superar los problemas que trató de enfrentar⁶. El funcionalismo, renuente a aceptar el conflicto como funcional, exacerbaba su desconfianza cuando se le asigna esa potencialidad a uno violento. El marxismo, por su parte, reclamaba mantener el vínculo entre la violencia social y los procesos revolucionarios.

5 Aun contra la oposición del propio Parsons, pareciera que tratan de llevar su teoría hasta las últimas consecuencias al asignarle esa funcionalidad al conflicto.

6 Estos problemas persisten en las llamadas “nuevas teorías del conflicto social”, incluso en la llamada escuela norteamericana que abordó con más decisión que la escuela europea la temática del vínculo de los movimientos sociales con la violencia política (Sommier, 2009).

La búsqueda de funciones positivas en los conflictos sociales violentos no abrió un sendero desde la sociología hacia la investigación de la guerra. Cuando Coser ingresa de manera escueta a la temática de la guerra lo hace preocupado por la “*terminación*” del conflicto y la necesidad de encontrar los “*símbolos*” que lleven a la aceptación de los “*compromisos*” (los acuerdos de paz); su interés se asocia casi exclusivamente con el intento de suturar el conflicto bélico, sin mayor proyección que esa (Coser, 1970: 54). Sus presupuestos no le permiten ir más allá.

Sabemos que Coser basó su teoría de la funcionalidad del conflicto en el más afamado capítulo –titulado “*La lucha*”– de la obra *Sociología* de Simmel (Simmel, 1939), adoptando un problema y no una solución para sus inquietudes, que transportó también hacia la temática de la violencia: el modelo liberal que se encuentra en la base de su posición teórica (Adorno, 1996: 93).

Liberalismo y sociología

Regresando a la cuestión de la guerra, poníamos en cuestión la tentación de adueñarnos de una hipótesis que extienda al examen de la guerra, la misma limitación que posee la sociología para abordar el conflicto social como objeto de investigación. En realidad, este planteo amerita ser aceptado sólo de manera parcial. Tendría vigencia únicamente en la medida en que no colisione con la tesis que se debería adoptar, emparentada con la opinión de Adorno recién citada: la limitación se genera a partir de la estrecha relación entre las ciencias sociales y la “*cosmovisión del liberalismo*” (Joas, 2005: 48)⁷.

Desde esta cosmovisión la violencia interna de una determinada sociedad, el conflicto político violento, lo mismo que la guerra, se corresponden con etapas pasadas de la humanidad, anteriores a la Ilustración. Relaciona la guerra con el despotismo y espíritus aristocráticos, y no con la república y los espíritus capitalistas (Joas, 2005: 49).

Con acicates como Kant y su utopía sobre la “*paz perpetua*” (Kant, 2000), el liberalismo miraba en el horizonte del desarrollo capitalista una sociedad sin pleitos bélicos, meta que se alcanzaría con una suavización paulatina de la

⁷ Este comentario busca aclarar que la matriz liberal tiene mayor peso que el “conservadorismo” o el “organicismo” para explicar su dificultad para visualizar a la guerra como problema sociológico. Para los eventos que tradicionalmente se clasifican como “conflictos sociales” puede pensarse la situación inversa.

violencia⁸. Los “*efectos pacificadores del libre comercio*” que auguraba Adam Smith, argumento consolidado por Adam Ferguson, fortalecían la creencia (Joas, 2005: 49, 53 y 173). Las guerras eran imaginadas como un producto de la aristocracia en extinción conforme se expandía el libre comercio, siendo el afianzamiento de formas republicanas y los acuerdos interestatales los garantes para arribar a la convivencia pacífica⁹. La ecuación era indiscutible: el libre comercio vigorizaba a los sectores sociales que “*se oponían a la nobleza, tradicionalmente belicista*” (Joas, 2005: 69 y 174). La guerra se quedaba sin sujeto social que la detente.

El supuesto general de gran parte de la filosofía social burguesa sugiere que el desarrollo social, entendido como la consolidación creciente del capitalismo, provocaría el desplazamiento de las ideologías autoritarias y despóticas que le brindan fundamento hacia un Estado democrático que sepultaría las disputas sociales violentas intraestatales e interestatales, recluyéndola únicamente dentro de los márgenes de los pactos e instituciones. Kant en varias obras había asociado el proceso de la civilización con el despliegue del Estado de derecho, y éste enlaza la democracia republicana con la paz (Bonavena y Nievas, 2009: 96 y 97). El pensamiento liberal clásico, por ende, consideradas a las guerras tan inmorales como nocivas (Joas, 2005: 54); por otra parte, sospechaba que era un mal negocio por la destrucción que provocaba.

Un matiz importante introduce Michel Mann al considerar que la teoría liberal se encarnó desde Adam Smith en Saint Simon, Comte, Spencer, Durkheim e, incluso, Marx. Esta influencia, relativizando lo señalado, no obturó la mirada sobre la guerra, sino que colocó a ésta como “*un tema de segunda categoría*” (Mann, 1988: 146-165. Joas, 2005: 187)¹⁰. Esta ubicación, no obstante, no entorpece la caracterización que venimos esgrimiendo, ya que coincide en afirmar que el liberalismo, de una manera u otra, operó con sus fundamentos para relegar a la guerra lejos del campo principal del interés sociológico.

8 Dentro del pensamiento burgués, no obstante, no todos compartían este panorama; el darwinismo social es uno de los espacios ideológicos, con cierta episódica inserción en la sociología, que no aventuraba un futuro tan sosegado y cándido.

9 Estas ideas se plasmarán en la teoría de las relaciones internacionales conocida como el “*internacionalismo liberal*” (Bartolomé, 2006: 34).

10 Mann contraponen a este bloque de sociólogos una “*sociología militarista*” representada de diferentes formas por Ludwig Gumplowicz, Gustav Ratzenhofer, Franz Oppenheimer, Alexander Rüstow, Carl Schmitt, Gaetano Mosca, Wilfredo Pareto, Otto Hinze e, incluso, Max Weber. Joas refuta la tesis con holgura (Joas, 2005: 188). Es interesante hacer notar que Mann ubica a Marx como un autor que desplaza la guerra como problema de análisis. Esta afirmación tiene algunos adherentes que también por la influencia liberal suponen que Marx postula un futuro sin guerras, pero un paso más allá del capitalismo.

De la sociedad militar a la sociedad industrial

La economía política liberal, el industrialismo como una de sus variables y el contractualismo como una de sus expresiones políticas, corrientes de pensamiento que de distinta manera pero ligadas, conforman la “*infraestructura de presupuestos previos*” que luego se expandieron y perduraron en la sociología. El pensamiento contractualista, que da por terminada la “*guerra de todos contra todos*” mediante el pacto social, deja a la guerra fuera de la sociedad pues queda relegada al ámbito de la naturaleza: la relación entre sociedades, que es la relación entre Estados. La guerra quedaría localizada así en el ámbito asocial; por ende no podría ser objeto de una ciencia que se ocupa de la sociedad. El contrato social crea el Estado y la política desplazando a la guerra al ámbito de “*las relaciones internacionales belicosas*” (Fernández Vega, 2005: 40); el “*estado de guerra*” queda localizado de manera latente en el escenario de las relaciones entre Estados (Fernández Vega, 2005: 44), a la espera de dirimir un litigio por las armas o desactivarlo con un contrato que lo neutralice, para evitar así las perturbaciones en el desarrollo de las relaciones de mercado. La sociología del siglo XIX que abordaremos seguidamente, enajena el lugar de la guerra en la configuración y reproducción de lo social, como reconocen Alain Touraine y Anthony Giddens, al adoptar una idea de sociedad que expresa al Estado nacional moldeado por las filosofías del pacto social (Joas, 2005: 170, 171 y 183). Desde este ángulo, referirse a la sociedad es hablar de un Estado; el espacio que media entre los Estados queda sumergido en una neblina teórica. Las “*contingencias*” entre las formaciones estatales suelen pasar “*inadvertidas*” para ese enfoque de la sociología (Joas; 2002: 171).

Centrándonos en los aspectos económico/filosóficos del liberalismo, tenemos que los pioneros de la sociología –Saint Simon, Comte y Spencer– entendían bajo su influjo que la guerra correspondía a una fase histórica que debía ser sobrepasada (Bouthoul, 1984: 180). Con variantes, sus concepciones de la evolución social suponían que el peso del militarismo quedaría sepultado por el devenir del progreso.

Para Saint Simón la superación de la sociedad militar y sus clases parasitarias u ociosas dejaría lugar a los científicos y los industriales. Pronosticaba que las clases sociales útiles desplazarían a los militares y el clero, en una sociedad donde de manera ineluctable el trabajo ocuparía el lugar que otrora

tenía la guerra. Aseveraba que la ley del más fuerte había sido el fundamento y la base de las primeras formaciones sociales, la ley del trabajo era la que correspondía a la sociedad industrial (Saint Simon, 1974: 14). Recalcaba que esta sociedad debía ser dirigida por los industriales y los hombres de ciencia, con los fines de la organización del trabajo y la producción, abandonando los objetivos que tenía la guerra o la conquista. En su apología del cambio social pacífico, subyace la idea acerca de que los medios violentos eran únicamente aptos para derribar o destruir, y que sólo con medios pacíficos se podía construir (Saint Simon, 1960: 46). Progresando en orden se daría el ansiado pasaje del gobierno a la administración (Saint Simon, 1961), cambio que implicaba una evidente relajación en las relaciones de fuerza: ya no habría dominación o se reduciría a sus mínimas expresiones. Decía que la actividad industrial era enemiga de la guerra; en *La industria* (1816/17) afirmaba que “*todo lo que se gana en valor industrial se pierde en calidad militar*” (Bouthoul, 1984: 181), por eso el despliegue de la industria terminaría por apagar las guerras que en la etapa más avanzada de la humanidad, entonces, carecerían de sentido. El enfrentamiento armado quedaría así en el pasado producto de la evolución histórica, transformándose en un objeto de conocimiento para los historiadores o la filosofía metafísica, y no para los “*físicos sociales*”, ya que analizar objetos que no tienen existencia no parece un emprendimiento con provecho para la ciencia positiva.

Esta línea, que desplaza a la guerra según el progreso de la humanidad, fue seguida por Comte que también soñaba con una modernidad sin guerreros. Sostenía en su obra *Filosofía positiva* (1830-42) que el avance de la humanidad sobre la animalidad se reflejaba en la sustitución de la actividad militar (Marvin, 1978: 82). En muchos pasajes de sus escritos diferencia tajantemente la sociedad militar de la industrial, proclamando “*la sustitución de la guerra por una industria pacífica*” (Marvin, 1978: 83), debido a que la hostilidad del hombre con sus iguales se convirtió en un impulso para dominar a la naturaleza. En la famosa ley de los tres estados que ordena una serie de atributos del hombre y su pensamiento, debemos buscar la clave para observar el lugar que le asigna a la guerra en la historia. Dispone de dos tipos generales de actividad vinculadas, por un lado, con la conquista y, por otro, con la acción sobre el reino natural: la guerra y el trabajo (Forte, 2008: 3). El primero de los estadios, el teológico, comprende a un régimen militar y desde allí la humanidad progresa, donde la evolución refiere al pasaje de la preponderancia de

la práctica guerrera a la hegemonía de la actividad industrial. El último estadio está representado por la institución de la sociedad bajo el amparo de la política positiva, marcando el triunfo de la industria y la declinación definitiva del régimen militar. (Forte, 2008: 15). En realidad, Comte acompaña paralelamente la ley de los tres estados con una ley de la evolución de la guerra (Bouthoul, 1984: 182). En un primer momento la sociedad necesitó de una “*sociabilidad preliminar*” forjada por la actividad militar, para “*preparar poco a poco una asociación normal y completa*” (Comte, 1962a: 77). La guerra a través de la conquista, por ejemplo, favorecía la esclavitud y ésta la industria. Para Comte el militarismo inicial es tan indispensable como inevitable. En un segundo momento del devenir humano el espíritu militar va aminorando y la guerra se subordina crecientemente a la industria. En el tercer estadio, la industrialización suprime la guerra (Bouthoul, 1984: 182). Como auguró Saint Simon, su díscolo discípulo pensaba que con el despliegue de la industria la administración eclipsará al gobierno sustentado por la fuerza, y el orden social brotará de la cooperación voluntaria entre las personas; asimismo, entiende que cada comunidad tenderá a unirse con las vecinas desapareciendo la casta militar por innecesaria. Así Comte imagina una “*inevitable tendencia primitiva de la humanidad a una vida principalmente militar*”, pero auspicia sin dudar que “*su destino final*” será ineluctablemente “*esencialmente industrial*” (Comte, 1982: 86).

No muy alejadas están las ideas de Herbert Spencer, que rechazaba la guerra con el mismo entusiasmo que lo hacía con el socialismo. También periodiza, prolongando el modo de pensar de Comte, el desarrollo de la sociedad usando como operador teórico/metodológico dos tipos ideales: concibe el pasaje paulatino de la sociedad militar primitiva de cooperación obligatoria, a la sociedad industrial con predominio de la cooperación voluntaria (Timasheff, 1980: 59). En la sociedad militar la cooperación comprende a todos los miembros de la sociedad y tiene como meta la guerra; la participación de cada individuo es obligada por un sistema rígido, jerárquico, fuertemente estatal y despótico (Ayala, 1947: 78). La sociedad industrial demuestra fuertes contrastes respecto de su antecesora. No tiene gobiernos despóticos, la cooperación depende de la voluntad del individuo y la forma jurídica predominante es el contrato. El Estado cede su protagonismo a las asociaciones privadas, y se rige por la “*voluntad media*” en una tendencia a eliminar las nacionalidades en pos de una organización común (Ayala, 1947: 79). La guerra

es tan incompatible con la sociedad industrial como la paz con la sociedad de corte militar. Si bien la guerra en la sociedad moderna carece de sentido, evalúa que en su momento tuvo utilidad, rozando las ideas de Comte. Las armas prefiguraron a las herramientas y sin aquellas no se hubiesen desarrollado éstas; la conformación del Estado también se asocia a la fuerza material y su constitución fue decisiva para abandonar la condición de tribus nómadas; la conquista militar, incluso, permitió los agregados humanos que son la base de la actividad industrial (Ritzer, 1993: 143).

La tesis de Spencer, con ciertos aires darwinistas, sostiene que la guerra exterminó a las sociedades débiles y a los débiles en las sociedades fuertes favoreciendo la evolución. Una vez despejados estos obstáculos, la persistencia de la actividad bélica en la sociedad industrial expresaría, en cambio, un retroceso en el proceso de la civilización (Bouthoul, 1984: 184).

Este recorrido por los fundadores de la sociología se cierra parcialmente con Durkheim. Si bien recupera el contenido de gran parte de la caracterización hecha por los tres pioneros, obviamente lo hace introduciendo estos supuestos en un entramado teórico mucho más rico y de gran proyección. Admite que la violencia debía desaparecer con la evolución de la sociedad tradicional a la sociedad moderna, pero es mucho más prudente que sus antecesores para pronosticar su eliminación (Bouthoul, 1984: 193); más bien habla de una paulatina disminución suavizando las predicciones de Spencer.

Durkheim se diferenció de la simplificación de Spencer entre sociedad militar y sociedad industrial, sosteniendo que Spencer proyectaba una concepción de individuo en la sociedad militar que era propia de su época; asimismo, explica que la transformación de un tipo de sociedad a otro era paulatina y una de sus expresiones era el pasaje de un estado de guerra permanente a un “régimen legislativo permanente” (Joas, 2005: 179). Si bien entendía que la tendencia señalada por Spencer era correcta, decía que la guerra perduraba debido a que aún sobrevivían “viejas condiciones de existencia” (Durkheim, 2003: 135 y 134).

Para redondear un inventario sobre la relación de Durkheim con la temática de la guerra, debemos recordar también que al calor de la Primera Guerra Mundial organizó un comité para la publicación de estudios y documentos sobre la guerra (Lukes, 1984: 541), motivado por su alineamiento con tareas de defensa nacional. Sin embargo, este compromiso militante no alteró su concepción acerca del papel de la división del trabajo y la solidaridad en pos

de la armonía social. Su posición política durante la guerra no lo llevó a reivindicar el aniquilamiento del pueblo alemán ni a exaltar las virtudes de la guerra. Contrasta con la postura de Max Weber que consideraba a la guerra como “*grande y maravillosa*”, incluso independientemente de su resultado (Losurdo, 2003: 9)¹¹. También con la de Georg Simmel que argumentaron a favor de la guerra como “*tonificante*” y “*revitalizadora*” de la cultura moderna (Joas, 2005: 61 y 74). En la obra más trascendente de Durkheim acerca de la guerra, “*Alemania por encima de todo: La mentalidad alemana y la guerra*” (Durkheim, 1989), confronta con las ideas de Heinrich von Treitschke por su exaltación de la guerra y la defenestración que hace de la idea de “*paz eterna*”. El gran sociólogo francés evalúa que esas opiniones conforman un golpe retrógrado contra el ideario de la Ilustración (Joas, 2005: 101). Durkheim, más allá de su actitud militante durante el conflicto bélico a favor del fortalecimiento del estado moral del pueblo¹², se oponía decididamente a todo tipo de guerra, tanto la de clases como la que ocurre entre naciones (Inda, 2009: 19). Ni siquiera las desgracias personales que le trajo la guerra, como la muerte de su hijo y de una decena de discípulos (Mucchielli, 2000: 55), alteró sus convicciones morales, teóricas y metodológicas.

Desde este paradigma que abreva en varios de los primeros sociólogos y posee anclaje en el liberalismo, entonces, se fue irradiando hacia las distintas instituciones académicas que albergaron a la sociología los criterios que convierten a la guerra, la actividad humana que con más impacto se replica, en un objeto sociológico marginal. La prolongación de la vigencia de sus premisas es un hecho evidente. Esto lo demuestra, por ejemplo, la teoría de la modernización, que en una de sus hipótesis centrales anuncia un futuro pacífico para la sociedad moderna (Joas, 2005: 68), que obviamente se alcanzaría mediante un evolucionismo igualmente sosegado y afable.

11 La exaltación de Weber no hizo que la guerra se transforme en el campo de estudio de su sociología., diluyendo el tema en su noción amplia de violencia, que con sus contornos difusos está íntimamente ligada con la problemática de la dominación y el poder.

12 Robert Merton, que trabajó arduamente con el mismo objetivo en su país, resaltaba que Durkheim, al destacar unilateralmente a la división del trabajo como fuente de solidaridad, tendía a despreciar factores que generan la integración de grupos y la “*subsunción del individuo bajo intereses colectivos durante períodos de guerra y conflicto*” (Merton, 2002: 206).

Palabras finales

Por no encontrar una correspondencia entre lo que define como el tipo ideal de sociedad y la realidad, la sociología proyecta una perspectiva normativa evaporando el peso que tienen algunos fenómenos en la configuración del mundo social. El “*debe ser tiende a oscurecer la comprensión del ser*” (Fernández Vega, 2005: 40). La sociología que aquí definimos como académica cuando enfrenta los combates sociales armados trastabilla, perdiendo el horizonte empírico para adoptar una mirada normativa. Observa el fenómeno asignándole una perdurabilidad transitoria, eclipsando detrás de un prejuicio la actividad que con más persistencia se repite y cincela lo social.

Este fenómeno hace que la guerra, con una trascendencia que nadie podría discutir, quede afuera de su registro y problematización. La distancia de la sociología en sus orígenes respecto a la temática de la guerra encuentra relación con las bases ideológicas del pensamiento liberal presentadas. Esta herencia intelectual operó como los cimientos sobre los cuales se instaló una proposición ideológica que tiñó el desarrollo teórico de la disciplina, que con pocas palabras sintetizó el discípulo más fiel que tuvo Comte y uno de sus mejores exégetas, Emilio Maximiliano Littre, cuando refiriéndose a la evolución social progresiva y armoniosa (orden y progreso) de la humanidad, decía que “*la paz es el gran agente del mismo modo que el gran fin de la renovación*”, porque la meta deseada es “*unir a todo el occidente en una federación en que desaparecerán los últimos gérmenes de la guerra*” (Littre, 1957: 2, 120 y 121). Arrastrar semejante carga por la teoría sociológica no parecería una tarea que pudiera terminar sin costos o impune. El siglo xx soportó guerras de manera ininterrumpida transformándose, amparado en el desarrollo de la ciencia aplicada al poder de fuego, en el más sangriento de la historia (Hobsbawm; 2007: 1). La contundencia de los datos demuele el optimismo de los fundadores de la sociología, y de quienes lo instalaron en el campo académico, que auguraba un futuro sin guerras. Mientras tanto la sociología traspasa el análisis polemológico a los historiadores, los politólogos, los militares y en menor medida los geógrafos, dejando vacante un tema que debería ser de los primordiales en la exploración y preocupación sociológica.

Bibliografía y fuentes

ADORNO, THEODORE (1996); *Introducción a la Sociología*, Barcelona, Editorial Gedisa.

ARON, RAYMOND (1947); *La société industrielle et la guerre*. París, Plon Éditions.

AYALA, FRANCISCO (1947); *Historia de la Sociología*; Buenos Aires, Editorial Losada.

BARTOLOMÉ, MARIANO (2006); *La seguridad internacional post 11-s*; Buenos Aires, Instituto de Publicaciones Navales.

BERNARD, JESSIE (1958); *La sociología del conflicto (investigaciones recientes)*, México D.F, Biblioteca de Ensayos Sociológicos, Instituto de Investigaciones Sociales; Universidad Nacional Autónoma de México.

BERNARD, THOMAS (1993); *The Consensus – Conflict Debate. Form and Content in Sociological Theories*; Nueva York, Columbia University Press.

BONAVENA, PABLO y NIEVAS, FLABIÁN (2004); Programa de la asignatura *Sociología de la Guerra*; Carrera de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales de la UBA. Presentación. <http://sites.google.com/site/sociologiadela guerra/>. Consultado el 14 de julio de 2009.

BONAVENA, PABLO y NIEVAS, FLABIÁN (2009); “Del Estado Nacional al Estado Policial”; en Robinson Salazar director; *La Nueva Derecha. Una Reflexión Latinoamericana*; Argentina; Ediciones Insumisos Latinoamericanos; Editorial Bibliográfika.

BONAVENA, PABLO y ZOFÍO, RICARDO (2008); “El objetivismo sociológico y el problema del conflicto social: la perspectiva de Emilio Durkheim”, en *Revista Conflicto Social*. Buenos Aires, Año 1, N° 0. <http://www.iigg.fsoc.uba.ar/conflictosocial/revista/>

BOUTHOU, GASTON (1984); *Tratado de polemología*, Madrid, Ediciones Ejército.

COMTE, AUGUSTO (1982); *Discurso sobre el espíritu positivo*; Buenos Aires, Aguilar Editor.

COMTE, AUGUSTO (1973). *Curso de filosofía positiva*; Buenos Aires, Aguilar Editor.

COSER, LEWIS (1961); *Las funciones del conflicto social*; México, Fondo de Cultura Económica.

COSER, LEWIS; *Nuevos aportes a la teoría del conflicto social*; Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1970.

DAHRENDORF, RALF (1971); *Sociología y libertad. Hacia un análisis sociológico del presente*; Madrid, Tecnos.

- DURKHEIM, EMILIO (1989); “Alemania por encima de todo: La mentalidad alemana y la guerra”; en *Revista Española de Investigación Sociológica*, Madrid, N° 45.
- (1972); *El Socialismo*; Buenos Aires, Schapire Editor.
- (2003); *Lecciones de Sociología*, Buenos Aires, Miño y Avila.
- ELIAS, NORBERT (2002); *Humana conditio*; Barcelona, Península.
- FERNÁNDEZ VEGA, JOSÉ (2005); *Las guerras de la política*, Buenos Aires, Edhasa.
- (1993); *Carl von Clausewitz. Guerra, política, filosofía*, Buenos Aires, Almagesto.
- FORTE, MIGUEL ÁNGEL (2008); “Comte: La utopía del orden”; en *Revista Conflicto Social*. Buenos Aires. Año 1, N° 0. www.conflictosocial.fsoc.uba.ar/00/comte01.pdf
- GOULDNER, ALVIN (2000); *La crisis de la sociología occidental*; Buenos Aires, Amorroutu Editores.
- HOBBSAWM, ERIC (2007); *Guerra y paz en el siglo XXI*; Barcelona, Crítica.
- INDA, GRACIELA (2009); “La sociología política de Émile Durkheim entre 1892 y 1897: el Estado como apéndice de la morfología social y la futilidad de la acción política”; en *Trabajo y Sociedad*. Santiago del Estero. N° 12, vol. XI.
- JOAS, HANS (2005); *Guerra y modernidad. Estudios sobre la historia de la violencia en el siglo XX*, Madrid, Paidós.
- KANT, IMMANUEL (2000); *La paz perpetua*, Ramos Mejía, Bureau Editor.
- LITRE, EMILIO MAXIMILIANO (1957); *Positivismo y gobierno*; Buenos Aires, Editorial Tor.
- LOSURDO, DOMÉNICO (2003); *La comunidad, la muerte, Occidente. Heidegger y la ideología de la guerra*; Buenos Aires, Editorial Losada.
- LUKES, STEVEN (1984); *Emile Durkheim. Su vida y su obra*; España, Editorial Siglo XXI.
- MARÍN, JUAN CARLOS (1981); *La noción de “polaridad” en los procesos de formación y realización del poder*; Buenos Aires, Cuadernos de CICSO, Serie Teoría N° 8.
- MARÍN, JUAN CARLOS (1984); *Leyendo a Clausewitz*; Buenos Aires, Cuadernos de CICSO, Serie Teoría N° 12.
- MARVIN, FRANCIS SYDNEY (1978); *Comte*; México, Fondo de Cultura Económico.
- MARX, KARL (25 de septiembre de 1857); *Carta a Federico Engels*; Londres.
- MERTON, ROBERT K. (2002); “La división del trabajo social de Durkheim”; en *Revista Española de Investigaciones Sociales*. Madrid, Nro. 99.
- MUCCHIELLI, LAURENT (2000); “El nacimiento de la sociología en la universidad francesa (1880-1914)”; en Salustiano del Campo (Coord.); *La*

institucionalización de la Sociología (1870-1914), Madrid; Centro de Investigaciones Sociológicas.

MUCHNIK, DANIEL y GARVIE, ALEJANDRO (2006); *El derrumbe del humanismo. Guerra, maldad y violencia en los tiempos modernos*; Argentina; Edhasa.

NAVILLE, PIERRE y FRIEDMAN, GEORGES (1997); *Tratado de Sociología del Trabajo*, México; Fondo de Cultura Económica.

NIEVAS, FLABIÁN (2009); “Sociología de la Guerra”; en *Revista Redes.com*, Universidad de Sevilla, Facultad de Periodismo, N° 6.

REX, JOHN; (1985) *El conflicto social*, Siglo XXI, Madrid, 1985.

RITZER, GEORGE (1995) *Teoría sociológica contemporánea*; Madrid, Editorial McGraw-Hill.

——— (1993); *Teoría sociológica clásica*; Madrid, Editorial McGraw-Hill.

SAINT SIMON; HENRI DE (1961); *El organizador*; Caracas, Instituto de Estudios Políticos; Universidad Central de Venezuela.

SAINT SIMON; HENRI DE (1974); *El liberalismo y el industrialismo*; México; Materiales de Cultura y Divulgación Política Clásica N° 15; Partido Revolucionario Institucional.

——— (1960); *Catecismo político de los industriales*; Buenos Aires; Aguilar.

SIMMEL, GEORGES (1939); *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*; Buenos Aires, Espasa Calpe.

SOMBART, WERNER (1912); *Guerra y capitalismo*; Madrid, Summa, 1943.

SOMMIER, ISABELLE (2009); *La violencia revolucionaria*. Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión.

SOROKIN, PITIRIM A. (1962); *Dinámica social y cultural*; Madrid Tomo II. Biblioteca de Cuestiones Actuales. Instituto de Estudios Políticos.

THERBORN, GÖRAN (1980); *Ciencia, clase y sociedad. Sobre la formación de la sociología y del materialismo histórico*; Madrid, Editorial Siglo XXI.

TIMASHEFF, NICHOLAS S. (1980); *La teoría sociológica*; México, Fondo de Cultura Económica.

VERSTRYNGE ROJAS, JORGE y VIDAURRETA CAMPILLO, MARÍA (1978); “Bibliografía sistemática sobre la sociología de la guerra”; en *Revista de Investigación Sociológica* Madrid; N° 1.

WALDMAN, PETER y REINARES, FERNANDO (comps.) (1999); *Sociedades en guerra civil*, Barcelona, Paidós.